JORDI MAÍZ
CARLOS COCA

UN VERSO EN LA TRINCHERA

EL GRITO REVOLUCIONARIO DE LEÓN FELIPE

BLATDMORO

UN VERSO EN LA TRINCHERA

EL GRITO REVOLUCIONARIO DE LEÓN FELIPE

Un verso en la trinchera.
El grito revolucionario de León Felipe

Autores: Jordi Maíz — Carlos Coca
Edición: Blat del Pla Impressors — Raúl Montilla

Calumnia Edicions
info@calumnia-edicions.net

octubre de 2023
ISBN: 978-84-127335-1-8
DL: PM 1214-2023

JORDI MAÍZ
CARLOS COCA

UN VERSO EN LA TRINCHERA

EL GRITO REVOLUCIONARIO DE LEÓN FELIPE

BLATDMORO
2023

per n'Ateu,
ingovernable sempre

para Eva,
compañera de fatigas

POETAS EN LA GRAN MANZANA

Nueva York era a finales de los años veinte del siglo XX una ciudad bulliciosa, la más poblada del norte del continente. Una urbe en pleno crecimiento económico y urbanístico que no dejaba indiferente a nadie. Pese a todos sus múltiples inconvenientes, era un lugar lleno de oportunidades; un aprendizaje constante para quienes residían entre sus calles de trazado regular prácticamente inabarcable. Allí se desplazó, en junio de 1929, el profesor Fernando de los Ríos Urruti; apenas habían transcurrido unos me-

ses desde que tuviera que renunciar a la Cátedra de Derecho Político de la Universidad de Granada pues sus enfrentamientos con las autoridades políticas españolas del momento eran una constante. El jurista era una de las voces más visibles del Partido Socialista que criticaban cualquier silencio con respecto a la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Años atrás había sido detenido y procesado por sus discrepancias con el régimen, siendo finalmente absuelto por delito de desacato. A De los Ríos, en los Estados Unidos, le esperaba una estancia de un año de trabajo en la Universidad de Columbia, pero también se encontraría con la peor crisis económica y social a la que se enfrentó ese joven país en mucho tiempo.

Fernando de los Ríos no viajaba solo en el gigantesco Olympic, uno de los trasatlánticos que cubría la ruta desde Europa hasta el continente americano. La embarcación podía acoger en su interior a cerca de dos mil quinientos pasajeros, entre los cuales se encontraba el joven poeta y amigo Federico García Lorca. El escritor de Fuente Vaqueros había iniciado sus estudios en Filosofía y Letras y también en Derecho en Granada; allí recibiría clases del citado Fernando de los Ríos, con el que pronto establecería una relación especial. Los últimos años no parecían fáciles para García Lorca debido a la relación sentimental que había establecido con el escultor Emilio Aladrén. El vínculo entre ambos parecía helarse a finales de 1928, pues no son pocos los testimo-

nios que describen el alejamiento entre ambos. Con un Federico seguramente abatido y con cierto desánimo no es difícil imaginar que su entorno tratase de facilitar un cambio de aires con el que renovar buena parte de sus sentimientos. Con toda probabilidad, Federico García Rodríguez, padre del poeta, acordó con Fernando de los Ríos la marcha de su hijo a tierras americanas. Cambiar de aires era una buena opción y la oportunidad que le brindó la Universidad de Columbia para impartir unas conferencias no podía desdeñarse. En Nueva York y en las ciudades en las que luego se desplazó, García Lorca recuperó cierto filón literario e inició nuevas relaciones. La idea del viaje, además de aprender la lengua del lugar, estaba también relacionada con la de ofrecer

un nuevo impulso a sus versos. Pero en los Estados Unidos pudo observar, de primera mano, las penurias de una sociedad capitalista que parecía estar en crisis permanente. Los felices años veinte fueron también años de penuria y de un fuerte componente de rechazo social hacia la población más desfavorecida.

Nueva York debió impactar enormemente al poeta granadino; su encuentro no era solo con el de una gran ciudad, era una ruptura enorme con todo lo que había vivido con anterioridad. La metrópoli, con varias decenas de rascacielos ya en marcha, acogía también todo tipo de excepcionalidades. La diversidad de sus gentes, la heterogeneidad de sus barrios, la multirracialidad o la margi-

nalidad de parte de su población no podían dejar indiferente a sus visitantes. García Lorca estableció relación particular con personas de todo tipo, conoció amigos afroamericanos, vivió su música y sus costumbres. Se acercó al jazz, al blues y a multitud de nuevas sensaciones. Allí se cuajó *Poeta en Nueva York*, un manuscrito que no llegaba a las cien páginas y en el que vertía todas esas vicisitudes vividas. Conoció el capitalismo, la gran ciudad industrial y sus avances, pero también vivió de primera mano la vida de los miserables, de los pordioseros y la multitud de minorías concentradas allí, en el mismo lugar. Pero Lorca no solo se relacionó con norteamericanos, no era difícil encontrar por esos lares a empresarios, escritores o diplomáticos españoles

que ocupaban parte de su tiempo y sus menesteres en la gran ciudad. De este modo, García Lorca estableció amistad con varios profesores de literatura, como fue el caso de Ángel del Río o Federico de Onís, que en esos momentos, desde el Instituto de las Españas, dirigía la *Revista de Estudios Hispánicos* que se editaba en Nueva York. La Hispanic Society of America, con sede en Nueva York, bajo la tutela de Archer Milton Huntington era todo un hervidero. Por allí también circuló León Felipe, quien en esos años ejercía como profesor en la Universidad de Cornell.

PABLO NERUDA Y LA CONVULSA ESPAÑA DE LOS AÑOS TREINTA

La primavera de 1934 estaba a punto de finalizar. La efervescencia literaria y cultural de la España republicana podía casi tocarse con las manos. En esos momentos, un joven diplomático chileno se movía entre Madrid y Barcelona con cierta regularidad. Ricardo Reyes era un pedagogo, interesado por la escritura, que no llegaba aún a los tres decenios de vida. Sus últimos años los había ocupado realizando tareas diplomáticas en lugares tan lejanos de su tierra natal como Birmania o Sri Lanka. En los años posteriores, sus misiones diplomáticas le llevaron a

Buenos Aires, donde conoció al poeta Federico García Lorca. Ambos eran apasionados lectores y escritores, que no desaprovechaban sus viajes para entablar largas conversaciones con los literatos del lugar, en los bulliciosos cafés literarios de las grandes urbes. Ricardo Reyes no escribía con su nombre real; no era el único, muchas fueron las escritoras de esa época que utilizaron nombres masculinos para poder publicar sus primeros textos en las revistas de vanguardia. Pero Ricardo Reyes no era una mujer, era el seudónimo de Pablo Neruda, quien se escondía bajo ese nombre con la finalidad de evitar que su padre sintiera peyorativamente que tener que soportar a un poeta bohemio con la mala prensa que eso tenía. Pablo Neruda ocuparía entre 1934 y 1936

cargos de representación políticos en la República española. Allí se reencontraría con Lorca, a la vez que conocería o establecería amistad con buena parte de la generación del 27. Rafael Alberti, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre o Maruja Mallo fueron algunos de sus contactos en tierras ibéricas. Pablo Neruda no era un escritor muy politizado, pero su estancia en la agitada España de los años treinta no le dejó indiferente.

Al poco tiempo de su llegada se había iniciado una huelga general revolucionaria en Asturias, un movimiento contra la nueva política del gobierno de Alejandro Lerroux y contra la entrada en el mismo de ministros de la Confederación Española de Derechas Autónomas, a la que tildaban de ul-

traderechista y autoritaria. La huelga y la extensión del conflicto a otros lugares generó una represión brutal que superaría los mil quinientos muertos y numerosos detenidos, entre ellos el expresidente del gobierno Manuel Azaña. Mientras esperaba juicio, un amplio número de intelectuales se posicionaba públicamente en favor de su libertad con el manifiesto "A la opinión pública". Firmaron esa declaración —entre otros—: el escritor Azorín, los profesores Odón de Buen y Américo Castro, el poeta Pedro Garfias y los citados García Lorca y León Felipe. La situación política de España, el golpe de Estado posterior y la guerra civil no solamente marcarían la literatura de Pablo Neruda, sino que también ejercerían un cambio vital en su trayectoria política.

Como alguno de los escritores citados, Neruda no parecía tener un posicionamiento político muy claro ni activo, pero desde la vivencia, contempla un proceso de violencia política casi constante en la que debe posicionarse. Para muchos, los hechos de Asturias no son únicamente un proceso revolucionario, sino que visualizan en territorio español los peligros del fascismo. La CEDA, y especialmente sus juventudes, apenas hacía un año que existían, pero sus relaciones con el totalitarismo europeo y los discursos públicos que ofrecían advertían quizás de una deriva autoritaria en España. En ese contexto y con el precedente de la dictadura de Miguel Primo de Rivera, organizaciones como Socorro Rojo Internacional, ligadas especialmente al

Partido Comunista, aumentaban su protagonismo mediante acciones de denuncia del fascismo y de asistencia a sus víctimas. El antifascismo había venido para quedarse y en torno al mismo empezaron a girar numerosos escritores de la época.

La situación política local no solo no mejoró, sino que empeoró aceleradamente con huelgas, levantamientos y enfrentamientos políticos cada vez más cotidianos. Neruda, excepcional testigo de buena parte de estos sucesos, acabó por definirse políticamente tal y como él mismo afirmaba de la siguiente manera: "Aunque el carné de militante lo recibí mucho más tarde en Chile, cuando ingresé oficialmente al partido, creo haberme definido ante mí mismo como comunista duran-

te la guerra de España". No había transcurrido ni un mes desde el inicio del golpe de Estado fascista en España cuando el escritor Federico García Lorca era asesinado. El fatal desenlace de su amigo, detenido y fusilado en agosto de 1936, y las continuas noticias que recibía de lo que ocurría a lo largo y ancho del país, acabaron por movilizar su consciencia política.

Las influencias políticas en la vida y obra del poeta Pablo Neruda no se limitaron solo a los horrores de la guerra. Sus amistades y sus relaciones con otros escritores y pensadores también desempeñaron un papel importante en su formación y en su visión del mundo. Entre ellos, se encuentra el poeta zamorano León Felipe, a quien Neruda describe como encantador,

contradictorio y poeta —con cierto aire— nietzscheano. En algunos ámbitos, Felipe era conocido por su sentido de la indisciplina, su espíritu libre, anarquista, y su rebeldía burlona. Poseía una aura muy característica, una figura que debía ser atractiva y controvertida en el mundo literario de la época. Sin embargo, su vida no fue solo un camino lleno de éxitos, también se topó con el duro exilio, una huida forzada que acaba agregando una dimensión adicional a su obra poética; la fatalidad también hace al escritor. León Felipe es un ejemplo de cómo las experiencias personales y las creencias políticas pueden influir en la obra literaria.

AFILANDO LAS PLUMAS CONTRA LA BARBARIE FASCISTA

El 17 de junio de 1935, el *Heraldo de Madrid* publicaba la primera de las crónicas que el escritor Andrés Carranque de Ríos realizaría sobre un congreso internacional de escritores que acogía la capital francesa. Lo hacía de la siguiente manera: "... pues aquí me tiene, amigo, puede decirse que casi preparando las maletas para el viaje a París. En realidad, el Congreso de Defensa de Cultura juzgo que ha de resultar interesantísimo, no solo por las personalidades que de todo el mundo intelectual acude a él, sino por las ta-

reas y labor del mismo en defensa, como su mismo nombre indica, de la cultura y de la libertad de la pluma". Del reportaje periodístico, no parecía difícil extraer una clara conclusión: la politización de los intelectuales europeos de los primeros años treinta constituía una clara evidencia. Atrás quedaban ya las manifestaciones futuristas y de vanguardias de la década anterior, era el momento de superar el llamado realismo socialista de tipo soviético que tantos esfuerzos había ocupado en describir las realidades cotidianas de las clases populares. Europa había cambiado, la gran crisis capitalista y el cierre —en falso— de la Primera Guerra Mundial habían alimentado el monstruo totalitario y ante tan enorme disyuntiva no valían medias tintas.

El Partido Comunista de la Unión Soviética parecía tomar la delantera e impulsaba en varios lugares organizaciones de trabajadores, de intelectuales y artistas para servir a la revolución y al futuro antifascismo. En la vecina Francia, funcionaba desde 1932, bajo la dirección del escritor Paul Vaillant-Couturier, una Asociación de Escritores Revolucionarios. Las consignas eran sencillas, básicas, pero determinantes. Para ellos no existía la neutralidad en el arte, ni en la literatura ni en otras expresiones culturales o humanas.

Como un clamor contagioso, poco a poco, se fue extendiendo en pequeños círculos esa propuesta. En Valencia, Madrid y Barcelona pronto surgieron grupos de personalidades

del ámbito de la cultura que se comprometían por una causa política de gran calado. En marzo de 1933 ya aparece en Barcelona el primer número de la publicación *Butlletí de l'Associació d'Escriptors i Artistes Revolucionaris*; en ese mismo mes, en Valencia también aparecía ya una sección de la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios. Mientras que, en Madrid, bajo el auspicio del Partido Comunista y con la dirección de Rafael Alberti, surgiría unos meses más tarde la revista *Octubre. Escritores y artistas revolucionarios*.

En el trasfondo, parecía necesario plantear una posición firme frente al avance de un fascismo sociológico que lo impregnaba prácticamente todo. En boga estaba pertenecer a

alguna de las nuevas agrupaciones totalitarias que surgían por todo el viejo continente. La tendencia pujante de corporaciones —cercanas al fascismo— preocupadas por la naturaleza, la juventud, las bellas artes o incluso el vegetarianismo, hacían temer el peor de los escenarios posibles. Parte de los creadores franceses se posicionaba frente a la nueva y preocupante realidad. Había que acercar la cultura al pueblo, a los trabajadores, esa gran masa de personas a la que de ninguna forma se acercaban bajo discursos sabihondos llenos de metafísica erudita que apenas entendían cuatro letrados. Había que conectar con ellos bajo la amenaza de que el fascismo lo intentaría más temprano que tarde. Si la Cultura con mayúsculas se podía dirigir y troquelar

desde las altas esferas de poder para así perpetuarse en el mismo, se debía romper con ese adormecedor de masas. Socialistas, comunistas y anarquistas cogieron el testigo, un clamor —muchas veces apasionado— en favor de la educación y la cultura como vehículo emancipador. Pero, es más, entendieron que la cultura debía ser también una herramienta de difusión del nuevo paradigma común que se les había venido encima: el antifascismo.

DON QUIJOTE TOMA LAS ARMAS

En los primeros días de febrero de 1937, las tropas fascistas toman la ciudad de Málaga. La ocupación y la brutal represión que se ejerce genera una huida masiva. Desesperados, miles de personas, desharrapados, ancianas, niñas y enfermos inician una evasión multitudinaria. El silencio se rompe con los gritos de los heridos y de los niños que buscan el calor de sus padres. La carretera de Málaga a Almería, por la costa, se convierte en una carnicería. Una matanza en toda regla contra personas que trataban de escabullirse

como podían del hambre, la guerra y la muerte. Los doscientos kilómetros de miseria, como los calificó el médico canadiense Norman Bethune, no fueron suficientes para acoger uno tras otro, cuerpo tras cuerpo, los cerca de cinco mil asesinados. Un muerto cada cuarenta pasos que no dejaron a ninguno de los que de la *desbandá* sobrevivieron indiferente.

La riada masiva humana, el éxodo infinito por carreteras, barrancos y caminos en mal estado, se topó con los ataques indiscriminados desde los buques Canarias, Baleares y Almirante Cervera. Casi cien horas, con sus días y sus noches, con todos sus segundos, huyendo del fuego enemigo y escondiéndose de las continuas ráfagas de metralleta de las avionetas

que caían sobre esa cadena rota de gente extenuada, hambrienta y desesperada. Era una cervantina lucha contra gigantescos molinos que aparecían y desaparecían ante el horror de los que apenas se mantenían en pie.

Casi a la vez, el día 8 de febrero de 1937, León Felipe publicaba en el periódico *El Sol* de Madrid un texto titulado "Don Quijote toma las armas". El *Quijote,* una de las obras cumbre de la literatura universal castellana, era no solamente un símbolo de lucha, era también una alegoría compartida sobre la resistencia y sobre la libertad individual y compartida. Un emblema para el movimiento obrero y todo un referente para los movimientos revolucionarios de

principios del siglo XX y en particular para el universo libertario. "Todo es polvo en nuestra vida hoy, sí. Polvo, polvo polvo", afirma León Felipe desesperadamente, en su intento por auspiciar una nueva aurora. Como levantar, de la nada, del polvo, de las ruinas una nueva España, real y anímica con la que poder afrontar los días venideros, el futuro incierto.

Habían transcurrido varios meses desde el inicio del golpe de Estado. La capital se había convertido en uno de los objetivos fundamentales de los insurrectos. Madrid se llenaba de trincheras, fuertes y sangre, con los que tratar de detener a toda costa el avance del fascismo. Pese al esfuerzo, las posibilidades de capitulación de la ciudad crecían por momentos. El go-

bierno de la República, que en ese momento regentaba Largo Caballero, decide trasladarse de Madrid a Valencia. Era noviembre, en un duro otoño de 1936.

El 11 de diciembre de 1936 la plaza de Emilio Castellar de Valencia estaba absolutamente llena. En el centro de ese paradigmático espacio, con todas las miradas atentas, se había levantado un pequeño cadalso. Era una modesta estrada, que el Ministerio de Instrucción Pública había levantado bajo la denominación de "Tribuna de Agitación y Propaganda". El poeta Antonio Machado subía al entarimado valenciano para leer su fatídica epopeya sobre el asesinato de Federico García Lorca: *El crimen fue en Granada*. García Lorca, amigo de ambos,

de Machado y de Felipe, se había convertido ya, a apenas unos meses de su asesinato, en un referente para la unidad antifascista. Pero también era un punto de unión que facilitaba el compromiso de muchos escritores con la causa de la libertad. El ministro Jesús Hernández había acudido al acto para presentar la iniciativa, una propuesta que había congregado a una muchedumbre a la que le había precedido una lectura poética del citado León Felipe. "¡En pie de guerra contra el fascismo! Por una España libre, próspera y feliz", rezaba el gigantesco cartelón que hacía de palestra a los insignes oradores.

El 29 de enero de 1937, en la Casa de la Cultura de Valencia, León Felipe reemprende una de las iniciativas ins-

tructivas que había comenzado tiempo atrás durante una de sus instancias americanas. En la Universidad de La Habana y en la de Panamá, había preparado unas conferencias, un total de diez, cuyo eje central era la poesía y una reflexión en torno a ella. Las charlas, en formato cursillo, las recuperará ahora desde la ciudad del Turia, alejado del asedio fascista y de la gran oleada de ataques aéreos sobre la zona de Levante que se iniciaría más tarde. León Felipe declara con gran elocuencia que "la poesía es el hombre entero frente al mundo, libre de trabas y presiones... el pueblo y los poetas, cada uno por su lado, luchan juntos por un mismo objetivo". Se reivindica, frente a un auditorio lleno de personas, pero también ante un público necesitado de aliento en un

momento tan convulso. La guerra, y también el terror impuesto, querrían dinamitar el espíritu de esas mujeres y hombres libres, quienes pensaban —como Felipe— que la Historia era un impulso creador, que era popular y revolucionaria.

El poeta zamorano no pierde ocasión para criticar el posicionamiento de los mandamases del momento. Se llena de argumentos contra los políticos y aquellos que ocupan las tribunas y las columnas de los diarios con historias vacías. No ve otra opción, otra solución que "armar a don Quijote y acabar con los imbéciles", así lo afirma en el texto *Don Quijote toma las armas*. Pero la locura quijotesca no es más que la necesidad utópica de plantearse un mundo totalmente diferente.

Don Quijote, como León Felipe, parece aspirar a una España quimérica, llena de justicia, de amor, de libertad, llena también —cómo no— de poesía. Cita Martín de Riquer sobre el caballero manchego, se imagina un mundo ideal, que se engrandece con el heroísmo y la belleza. Su locura, que tanto atraía a lectores, era no más que un posicionamiento frente a la vulgaridad de un mundo en guerra, encabezado por militares y aristócratas de bajeza moral.

Las lecturas cervantinas de León Felipe le influyen notablemente. No solamente por su contenido, sino también por su trasfondo lleno de picaresca en el que se adentró durante el año y medio que estuvo encarcelado en Santander. Corría el año 1915

y parece que llegó incluso a escribir algo relacionado con sus lecturas del *Quijote*. Pero no solo los textos y su contenido influyeron sobre el escritor, en tanto que, casi sin quererlo, fue asimismo espectador de las escenas manchegas descritas en la obra cuando en 1919 se encargó de la botica de Almonecid de Zorita, en la Alcarria guadalajareña. El personaje de Cervantes parece representar un espíritu de justicia que acompaña a León Felipe todo ese tiempo en su obra, pero también en sus vivencias. Como le ocurre al hidalgo, hay en sus versos cierto sentimiento de derrota, de eterna lucha contra esos molinos que aparecen y se marchan. Parece querer retomar el testigo, el ejemplo del *Quijote*, pero especialmente hacer su lanza, en ocasiones metálica con

empuñadura y otras apenas una rama seca, un arma contra el omnipresente autoritarismo.

Pero hay otra fuerza dinamizadora —en palabras de Felipe— que mueve al pueblo. Las fuerzas revolucionarias de la meseta castellana son las protagonistas, cuando representan una heroica lucha por un mundo nuevo. Esa tarea imposible, utópica, solo es viable si esos miles de quijotes, de hombres y mujeres libres, deciden dar un paso al frente para emprender la inverosímil tarea de construirlo todo nuevamente. Casi un destino escrito, con ciertos toques de misticismo y de fe popular. La certidumbre y el pleno convencimiento, pese a los desánimos, de que el curso de los hechos, por muy fatídicos que fuesen, pon-

dría a cada uno en su lugar. Ante el avance del fascismo, ante la desidia y el desabrigo de las potencias europeas democráticas, don Quijote, como el pueblo español, se encuentra solo, frente a frente, frente a sus miedos, a sus monstruos, los cuales —en este caso— avanzan por muchos frentes en favor de un confuso y oscuro devenir. Su reivindicación no tiene lugar a dudas. La revolución desde abajo, de las clases subalternas que buscan y necesitan también de sus mitos, de su Historia: "La revolución no ha empezado ayer. La revolución, nuestra revolución popular, democrática, proletaria, anárquica y comunal, está implícita en el romancero y más atrás todavía: en nuestras primeras gestas castellanas. Sí, sí, la noble historia de España es nuestra, y la épi-

ca también; el Cid y don Quijote son nuestros". León Felipe acaba sus quijotismos con su "don Quijote no ha fallado nunca. Sigue y seguirá siendo el señor y el poeta de este pueblo y de esta tierra española, mientras esta tierra esté hecha de sustancias anárquicas y comunales a la vez y de escenas estoicas, democráticas y heroicas".

UN INCANSABLE VIAJERO ENTRE LIBROS

La vida de León Felipe había sido una antítesis desde sus inicios. Su verdadero nombre era ya puro peregrinaje: Felipe Camino Galicia de la Rosa. Nació en un pueblo de la provincia de Zamora, Tábara, en el año 1884. Y con apenas dos años de edad, marchará junto a su familia —su padre era notario— a Sequeros (Salamanca), donde pasará la infancia. Después irían a Santander, allí estudiará el Bachillerato y, más tarde, hará Farmacia en Madrid.

Durante este periodo de juventud estudiantil en Madrid dedica gran parte de su tiempo a descubrir el Museo del Prado, el teatro y la lectura de los clásicos. Su verdadero interés estaba ya en la literatura, pero solo para agradar a su padre decide abrir una botica en la capital cántabra. Su gestión como empresario es nefasta.

Atormentado por sus implacables deudas, decide vender su farmacia en el año 1912 y huir de la ciudad. Comienza entonces una odisea de más de dos años, viajando por la península ibérica con diferentes compañías ambulantes, interpretando papeles pequeños que seguramente no cumplen con sus ambiciones ni artísticas ni económicas. En 1914 es detenido y encerrado en la santanderina cárcel de Santa María Egipciaca.

La cárcel fue el escenario de una profunda reflexión; León Felipe aprovechó las largas horas para sumergirse en la lectura detenida de los clásicos. Durante su tiempo detrás de las rejas, también se dedicó a la creación literaria, dando forma a los primeros borradores de su poesía incipiente y emotiva, un reflejo de su alma atribulada por las circunstancias. A su salida de prisión se enfrenta no solo a las dificultades de haber compartido su tiempo con delincuentes comunes, sino también a las consecuencias de sus acciones y al rechazo de la mayoría de sus antiguas amistades. Tras cumplir su condena, se enfrenta a la difícil tarea de reiniciar su vida. Con la intención de reinsertarse social y profesionalmente, decide abrir una farmacia en la localidad vizcaína de Valmaseda, donde reside junto a su

hermana mayor Consuelo y su marido, un funcionario destinado allí. Con la ayuda de su cuñado, Jesús Cadenas, quien es presidente del Consejo local de Exploradores y de la Comisión de Teatro, pronto se involucra en las actividades culturales de la localidad.

Su afición por el arte lo lleva a participar en funciones de aficionados e incluso a dirigir y recitar en algunas de ellas. Sin embargo, su carrera artística se ve interrumpida por un romance breve pero intenso con una joven peruana llamada Irene de Lámbarri. A pesar de los deseos de la familia de Irene, la relación entre ambos personajes termina en violencia y en una separación definitiva cuando ella regresa a Perú.

Herido y desilusionado, decide abandonar su farmacia y su vida en Valmaseda para seguir a Irene, con una primera parada poco fructífera en la ciudad de Barcelona. Después de ciertos vaivenes, el verano de 1920 ha llegado y León Felipe es nombrado para ocupar un cargo de farmacéutico en las posesiones españolas en el golfo de Guinea. Sin embargo, diversos problemas administrativos retrasaron su viaje hacia las colonias. Al cabo, a finales de septiembre de 1920, el poeta embarca en el vapor Ciudad de Cádiz y llega a Santa Isabel, actualmente conocida como Malabo. La gobernación decide asignarle como destino el islote de Elobey, en la desembocadura del río Muni, donde un hospital que cubre la zona está siendo administrado por un practicante en ese momento.

En Guinea Ecuatorial, los servicios de salud estaban bajo el control del gobierno español, pero el acceso a estos servicios era limitado, especialmente para las comunidades rurales. La escasez de personal médico cualificado y los hospitales y centros de salud mal equipados, hacían que la mayoría de la población rural no tuviera acceso a servicios médicos básicos. Además, enfermedades infecciosas como la malaria y la disentería eran comunes debido a las pobres condiciones sanitarias y a la falta de saneamiento básico y de agua potable. El destino y la encomienda no fueron fáciles para León Felipe, quien se enfrentó a las dificultades de trabajar en un lugar con condiciones sanitarias precarias y una falta de recursos médicos acuciante. En el golfo de Guinea, León

Felipe debió permanecer por unos tres años antes de volver a España. En esas idas y venidas entra en contacto y estrecha su relación con la bohemia madrileña. Por aquel entonces le acompaña asiduamente Rufino Blanco Fombona, un editor de origen venezolano. Blanco Fombona llevaba desde 1910 deambulando entre París y Madrid, donde paseaba su exilio político tras haber sido encarcelado por el asesinato de un militar, después de que este —supuestamente— le estuviera persiguiendo y vigilando por sus acciones contra las empresas capitalistas que explotaban la Venezuela amazónica. Rufino, además de escribir, se había puesto al frente de la editorial América, con la que Felipe también posiblemente colaboraría. Sin embargo, sus estancias en España son bre-

ves. Tras volver de Guinea pronto decidió trasladarse a América. En 1923 llega a México, con una recomendación del diplomático y escritor mexicano Alfonso Reyes que en esos momentos estaba destinado en Madrid. Ya en el país norteamericano, se dedica a la enseñanza, trabajando como bibliotecario en Veracruz y agregado cultural de la embajada de la España republicana. Además, es profesor de literatura española en distintas universidades de América. Es en este país donde conoce a Berta Gamboa, una profesora también, con quien contraería más adelante matrimonio. En su tiempo en México, León Felipe también se involucró en la vida cultural y literaria del país, participando en publicaciones y eventos culturales y estableciendo

una red de conocidos del ámbito literario considerablemente amplia.

Al poco tiempo, entra en contacto con Federico de Onís, un prolífico académico y literato establecido en Norteamérica, conocido por su dedicación a la literatura española e hispanoamericana. Su carrera como profesor universitario comenzó en 1916 en la Universidad de Columbia, donde también participó en la fundación del Hispanic Institute en 1920. Onís sería una figura clave para la llegada y consolidación de León Felipe en los Estados Unidos. En 1924, gracias a la influencia y recomendación de Onís, León Felipe fue nombrado profesor en la Cornell University en Nueva York, donde impartió clases hasta 1929. Durante su estancia en

los Estados Unidos, Onís presentó a León Felipe a varios escritores notables de la época, incluyendo al renombrado escritor y crítico literario Waldo Frank. Frank era un conocido hispanista y León Felipe tuvo la oportunidad de traducir uno de sus textos, titulado "Virgin Spain", para la *Revista de Occidente* en 1927. Este encuentro con Frank y con otros escritores debió generar un gran impacto en la carrera literaria de León Felipe, ya que su trabajo como traductor y las relaciones que estableció le permitieron adentrarse en los círculos literarios de la época y obtener reconocimiento también como poeta fuera de España.

León Felipe no únicamente se aficionó a la lectura de grandes autores de

la literatura inglesa, sino que también hizo de la traducción otra de sus grandes pasiones. Desde principios de los años veinte, casi de forma contemporánea a sus primeros poemarios, aparecerán sus primeras traducciones. En esa etapa dedicó esfuerzos importantes a trabajar la obra de William Blake, William Shakespeare, Emily Dickinson e, incluso, publicaría, seguramente, la que era su primera traducción, *El renacimiento del arte inglés y otros ensayos* de Oscar Wilde. Con el tiempo, y bajo la demanda de diversas editoriales, entre ellas Espasa-Calpe, se pondría a traducir a Bertrand Russell, al naturalista William Beebe o H. G. Wells, entre otros, todos ellos publicados antes del inicio de la guerra civil española.

La versión castellana del libro *A media milla de profundidad*, de William Beebe, salió a la luz un poco más tarde. El biólogo neoyorquino había plasmado en ese texto su experiencia y conocimientos acumulados en los primeros descensos en el Bathysfera, un sumergible para profundidades extremas construido junto al ingeniero Otis Barton. El texto había sido publicado originalmente en inglés dos años atrás, en 1934; en el mismo se narran las expediciones llevadas a cabo por Beebe y su equipo en el océano Atlántico, donde llegaron a profundidades nunca alcanzadas por el hombre y descubrieron una variada fauna marina desconocida.

La traducción de León Felipe logra plasmar la mezcla de aventura, ciencia

y reflexiones personales que caracterizan el libro. Beebe relataba con detalle sus descensos y las sensaciones experimentadas en esos momentos, así como los hallazgos científicos que realizó y las vivencias de los animales que observó. Con un estilo literario elegante y accesible, la obra combinaba el relato de aventuras con una profunda reflexión sobre la vida marina y los desafíos de la exploración. León Felipe se dedicó a traducir también otras obras como las de Walt Whitman, un poeta considerado uno de los representantes del modernismo, del que tradujo varios poemas. León Felipe también tradujo varios poemas de Percy Bysshe Shelley, uno de los más importantes poetas románticos ingleses del siglo XIX y fuertemente influido por el pensamiento de Wi-

lliam Godwin y del librepensamiento de la época.

Durante los primeros meses de 1936, el escritor zamorano decidió dejar México y establecerse en Panamá, donde se dedicó a la docencia y colaboró con la embajada de España como agregado cultural. Sin embargo, al estallar la guerra civil española, escribió su emotivo discurso de despedida del país titulado "Goodbye, ¡Panamá!", antes de embarcarse en su viaje hacia la contienda. Tras la finalización de la guerra, mientras se dirigía al exilio, publicó varias traducciones en Buenos Aires y México, siendo la mayoría obras en prosa o de no ficción. Esto es significativo, ya que se ha considerado que León Felipe solo tradujo poesía debido a su afinidad

estética, mientras que las otras traducciones fueron realizadas a encargo. Entre las traducciones poéticas publicadas en México, se encuentra su versión de *Los hombres huecos* de T.S. Elliot, así como *Canto a mí mismo* de Walt Whitman, que fue muy criticada por alejarse significativamente del original. León Felipe también tradujo obras de varios otros escritores, incluyendo a poetas y escritores de diferentes idiomas y épocas. La traducción fue una importante parte de su trabajo como escritor y poeta, y ayudó a difundir la literatura y las ideas de otros autores a un público mucho más amplio. Su aportación es un puente que acerca, une e influye a escritores de varios lugares: poetas, ensayistas y novelistas, que cruzarán el Atlántico con mayor premura.

SILVIA MISTRAL Y EL AMARGO EXILIO COMPARTIDO

Hortensia Blanc Pita nacía en La Habana, en los últimos días de 1914, en un mundo convulso por el inicio de la Primera Guerra Mundial. Tras varias idas y venidas, durante la Segunda República se había instalado en la ciudad de Barcelona. Era una mujer de profundos conocimientos, gran aficionada al cine y con pasiones literarias que la llevaron a colaborar con las revistas más importantes del momento como *Popular Film* o *El Día Gráfico*. Hortensia Blanc utilizaba varios seudónimos en sus escritos, uno de los más conocidos fue el de

Silvia Mistral. Se movía en múltiples ambientes culturales y durante esos años se afilió a la Confederación Nacional del Trabajo.

Dos años habían transcurrido desde el inicio de la guerra y ella se encontraba en medio de una tempestad desgarrada por el conflicto. Fue entonces cuando conoció a Ricardo Mestre, un joven militante de la CNT. Con él, compartió sus sueños y esperanzas. Con Ricardo, quien en ese momento ocupaba un importante puesto en el Comité Nacional de la CNT, marcharía fuera de las fronteras españolas, donde esperaban encontrar un refugio seguro. Durante su viaje, enfrentaron innumerables obstáculos y peligros. Finalmente llegaron a Francia, pero en lugar de la

seguridad que esperaban encontrar, se vieron obligados a separarse y a vivir en varios campamentos de refugiados, donde la situación era precaria y desesperada. A pesar de las dificultades, nunca perdieron la esperanza de reencontrarse. Por fin, después de meses de separación y búsqueda, se localizaron en uno de los campamentos. Tras el reencuentro, pusieron rumbo a América, donde desembarcaron en el Puerto de Veracruz, en México, a mediados del año 1939.

En México, Mistral —como otros muchos— recibió ayuda tanto de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), como del Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE), organizaciones que

brindaban apoyo a los refugiados españoles que huían de la fatídica guerra. Con su auxilio, ella pudo encontrar un cobijo donde vivir y algunos trabajos. Aprovechando su experiencia y conocimientos en el campo del cine, comenzó a colaborar con diversos periódicos y revistas cinematográficas, redactando artículos y críticas de las últimas películas estrenadas. También escribió varias novelas románticas, libros infantiles e hizo críticas de cine, siendo conocida por su sección Cinemanías. Al poco tiempo, Silvia Mistral publicó en la prestigiosa revista mexicana *Hoy* seis entregas bajo el título épico de *Éxodo: Diario de una Refugiada Española*. La revista, fundada en 1937 y dirigida por Regino Hernández Llergo, era una plataforma para dar a conocer la

perspectiva de los exiliados españoles y sus vivencias en el extranjero. Además de la obra de Mistral, *Hoy* también acogió los escritos de otros notables exiliados, como Mada Carreño y Benjamín Jarnés, quienes contribuyeron también con sus textos a dar una visión heterogénea de la trágica guerra civil española y su impacto en las vidas de quienes tuvieron que dejar su hogar atrás. Además de escribir en la revista *Hoy*, también colaboró con *Diorama de la Cultura* de *Excélsior* y trabajó en una radio gubernamental donde brindaba reseñas y críticas de cine y cultura. *Éxodo: diario de una refugiada española*, salió a la luz finalmente como libro, en una solo entrega, de la mano de la editorial mexicana Minerva. En el texto, que comienza con un prólogo

de León Felipe, narraba el exilio desde su retirada de España hasta su llegada a México. Cuenta su día a día desde la salida de Barcelona a principios de 1939 hasta su llegada al exilio en México en 1940. En la obra detalla su viaje y las dificultades que tuvo que enfrentar; también cuenta su estancia en algunos campos de refugiados como el de Les Mages (Gard); luego su breve paso por el campo de Argèles-sur-Mer y, finalmente, su llegada a México a bordo del buque Ipanema.

Durante su etapa republicana en España se hizo amiga de la fotógrafa Kati Horna, con quien colaboró estrechamente en su trabajo periodístico, publicando fotos en sus artículos. Esta colaboración se prolongaría más allá de su exilio en México, donde

ambas continuarían trabajando juntas. Además de su labor periodística, también se dedicó a la escritura de cuentos y fue secretaria de la efímera revista *Nuevo Cinema*. Esta experiencia le permitió explorar su pasión por el mundo del arte y el cine, y ampliar su campo creativo. Una vez establecida en México, además de emplearse en vender productos a domicilio, se dedicó a escribir críticas literarias y cinematográficas, recuerdos de guerra, reportajes y artículos para revistas y periódicos. Colaboró también en la revista anarquista cubana *El Libertario*, antes de que fuera suprimida por el régimen castrista. Durante sus últimos años, se unió a la Liga Defensora de Animales de México, donde pudo canalizar su compromiso con la defensa de los derechos de los seres

vivos. Fue amiga de la periodista anarquista Cecilia García de Guilarte, con quien compartió ideales políticos y aprendió de las luchas y las esperanzas de las mujeres de su tiempo. Su vida en México se caracterizó por la diversidad de actividades y proyectos, con una gran carga de compromiso social y político en un mundo que estaba en constante cambio.

CON LA VOZ DE LA REVOLUCIÓN: JACINTO TORYHO

Casi cuarenta años después, el veterano periodista Jacinto Toryho aún recordaba con vehemencia su papel en la organización revolucionaria de Barcelona durante los primeros meses de la guerra. Toryho había sido el director del popular diario anarcosindicalista *Solidaridad Obrera* —una de las cabeceras de mayor tirada de la historia de España—, convirtiéndose, además, tras el 19 de julio, en el máximo responsable de la oficina de prensa y propaganda de la CNT-FAI de Cataluña. Y

así, unos cuantos años más tarde, tras triunfar en el campo del periodismo en Argentina —país que bienintencionadamente lo acogió en su largo exilio—, se dedicaba a escribir con pausa sus memorias: *No éramos tan malos*.

La amnesia no había hecho excesiva mella en Toryho, quien en 1936 había ostentado un inmenso poder en la Cataluña del periodo revolucionario, acaparando —como protagonista de un pasado lejano— el objetivo de numerosas fotografías que aún hoy se custodian en los polvorientos fondos documentales del archivo IISG de Ámsterdam. Su palabra narró las crónicas radiofónicas y la propaganda cinematográfica cenetista, su opinión fue escuchada en los comicios y ple-

nos anarquistas, y su pluma fue temida por los adversarios que inevitablemente han de surgir en una época histórica tan intensa. Sin género de dudas, Toryho había sido una de las voces de esa revolución irrepetible.

Pero aquel otrora audaz joven y escritor rebelde, nacido en Villanueva del Campo (Zamora) en el año 1909, aún conservaba la ilusión de regresar a España tras la inminente muerte del dictador y reencontrarse allí con viejas amistades y amores ya olvidados. Sin embargo, era perfectamente conocedor de que no iba a hallar a un antiguo amigo suyo, famoso lírico, a quien conoció durante la contienda bélica, pues este había fallecido en México en 1968. Sabía que no vería a León Felipe y por ello, en su homena-

je póstumo, decidió dedicarle un capítulo en la autobiografía.

Toryho dice que León Felipe le fue presentado una tarde en la dirección de la *Soli*, por el dramaturgo andaluz Enrique López Alarcón, antiguo amigo del poeta zamorano, quien no dudó en compararlo en grandeza literaria con el mismísimo Antonio Machado. Ese primer encuentro, en las oficinas del periódico ácrata, causó una profunda impresión en el periodista zamorano.

"Vestía boina y traje de pana oscuro. Se tocaba con una boina vasca, que llevaba con gracia y le confería personalidad. Lucía unas negras barbas apostólicas y aborrascadas, en las que comenzaban a aparecer hilos de plata,

y unas gafas de carey, negras como la boina. Tenía un perfil rabínico ingénito. Era expansivo y locuaz. Corpulento, hablaba fuerte y pisaba fuerte", recogió con añoranza Toryho en su escrito.

A partir de entonces la relación se fue haciendo cada vez más estrecha. Ambos departen con frecuencia sobre el devenir de la guerra y la experiencia económica colectivista. Y Toryho descubre, gracias a López Alarcón que le proporcionó un ejemplar, el poemario *Versos y Oraciones del Caminante*. León Felipe se convierte, junto a Toryho, López Alarcón, Ezequiel Endériz y Leandro Blanco, en un asiduo de las tertulias informales surgidas en la redacción del mítico rotativo libertario; por allí también se dejaría caer

Berta Gamboa, poeta mexicana y esposa de Felipe, otra ilustre visitante de aquella Iberia fratricida que se despedazaba.

Quizá también en esas impresionantes oficinas, antaño propiedad de la burguesía industrial catalana y por aquel entonces incautadas por la CNT, conociera Felipe a la fascinante joven que enamoró a Toryho siendo su compañera durante bastantes años. Rosa Zimmerman Segalevich había llegado a Barcelona tras un extenso periplo por varios países de Europa. Procedía de una próspera familia judía, originaria de Odessa, exiliada tras la consolidación del sistema socialista soviético en Ucrania.

Zimmerman era una excelente escritora y tenía un don innato para el aprendizaje de las lenguas, por ello no tuvo demasiados problemas para incorporarse pronto a la redacción de la oficina de propaganda cenetista, deseosa de sumar gente valiosa y cosmopolita que pudiera ayudar a contar al mundo las excelencias del nuevo régimen libertario que intentaban construir en las zonas bajo su control. Tan útil era una camarada políglota que pronto las gentes de Manuel Escorza del Val —responsable de los servicios de espionaje de las organizaciones anarquistas durante la guerra—, supieron encontrarle otra tarea: controlar las conversaciones del consulado ruso de Barcelona. La mutua desconfianza entre libertarios y comunistas

durante la contienda es bien conocida, siendo Zimmerman la encargada de descolgar el teléfono y transcribir aquellas comprometedoras palabras en ruso, ininteligibles para el resto de sus compañeros. Por aquel entonces, León Felipe, buen sabedor de aquella rivalidad, dedicó algunos de sus versos a esa inevitable reyerta entre hermanos que nunca podría pacificar, puesto que su concepción de la vida era antagónica.

Según cuenta Toryho, las confesiones que le efectúa el poeta (quien se llega a autodenominar "judío errante") son sorprendentes: "Yo no he leído a Bakunin, ni a Kropotkin, ni a Reclus, ni a Stirner; lo confieso con un poco de vergüenza. Pero soy ácrata, no me cabe duda. Primero, por español; lue-

go, por convicción, por idiosincrasia y por carácter. Y esto desde mi adolescencia y no me abochorno de ello". León Felipe no se casaba con nadie, aunque su desconfianza de toda estructura orgánica partidista pudo hacer posible ese acercamiento con los libertarios. Además, el afable periodista zamorano era un genial contacto para Felipe dentro del anarquismo catalán.

Y como reconoce Toryho, quizá víctima de los recuerdos y un excesivo afán proselitista: "Me acometió la obsesión de convertirlo en nuestro poeta. No en el poeta de los anarquistas, sino en el de todos los que luchábamos por una misma causa. Pero el empeño era sumamente arduo porque a León Felipe lo acompañaba una

susceptibilidad maravillosa y un individualismo extraordinario. Detestaba los elogios, que le sonaban a adulación. Las sugestiones no le causaban mella. Hacía únicamente lo que quería él".

Toryho reconoce que ese empeño llegó a ser constante, sugiriendo a su amigo si la gesta popular acontecida en España no había despertado en él la sensibilidad necesaria para dedicarle un poema. Finalmente, León Felipe sí escribiría un extenso tratado lírico inspirado en la guerra de España y en su particular visión de las facciones antifascistas enfrentadas, se trata de *La Insignia*.

Probablemente, Jacinto Toryho y Rosa Zimmerman, dos años después,

tuvieran muy presentes a todos aquellos escritores y destacadas personalidades que habían conocido en Barcelona durante la guerra, mientras huían en el vapor Órbita del horror que se cernía sobre Europa. El ascenso nazi era imparable y Francia —el efímero hogar de la pareja durante el primer exilio— pronto sería ocupada. El barco tenía por destino Cuba y en él iban trescientos cincuenta judíos alemanes, refugiados junto a ellos.

LA INSIGNIA: POESÍA REVOLUCIONARIA

«¿Habéis hablado ya todos?
¿Habéis hablado ya todos los españoles?
Ha hablado ya el gran
responsable revolucionario,
y los pequeños responsables»

Así comenzaba el recital poético que León Felipe había dirigido a los asistentes al acto, aquella mañana de la primavera del 37, en Barcelona. Se trataba de *La insignia*, su poema dedicado a la guerra civil española.

El poeta estaba inmerso en el combate de la dialéctica, intentando aconsejar y remediar ciertos males —casi crónicos— que observaba en el bando antifascista. Y en esas reflexiones se produce un desastre: la caída de Málaga. La sanguinaria represión acontecida en la ciudad andaluza y la caótica huida de los civiles, estremecen al poeta quien decide escribir. Entiende que debe ser a la fuerza crítico, además, para él comienza a ser intolerable la banalización de ciertos aspectos de la revolución. Se servirá de un ejemplo concreto: la proliferación de la venta de insignias —de las diferentes fuerzas de izquierdas— en las principales avenidas de las ciudades republicanas, espectáculo mercantil que juzga como nefasto, en el contexto de una sociedad que aspiraba a transfor-

marlo todo en la teoría revolucionaria.

El escritor predica a los "españoles de la España legítima" —la antifascista —, defendiendo que en momentos tan caóticos es cuando se hace necesaria la voz de los poetas, enlazando así su perspectiva aleccionadora de una poesía comunal, en la cual el poeta debe hablar en nombre de todos y para el colectivo. Se siente cargado de un poder de predicción semejante al de los profetas del Antiguo Testamento. *La Insignia* tiene así mucho de arenga y profecía.

Para ello, León Felipe invoca a las madres y a Caín, se acuerda de las avariciosas potencias extranjeras que han abandonado a su suerte a esos guerri-

lleros antifascistas españoles y, por supuesto, recurre a la solidaridad en la lucha. Exige la necesidad imperiosa de vencer, ante el dilema bélico solo cabe una alternativa: muerte o victoria.

La confrontación en una guerra es inevitable, pero el poeta percibe que la manifiesta rivalidad entre las distintas fuerzas del bando republicano es insostenible. Se dirige por ello a los españoles revolucionarios —sus aliados—, y critica abiertamente las actitudes cobardes y corruptas de los dirigentes. Directamente, hace responsables de estas disputas cainitas a los líderes políticos y sus deleznables intereses partidistas:

«Ahí los tenéis.
Abrazados a su botín reciente,

guardándole,
defendiéndole,
con una avaricia que no tuvo nunca el más degradado burgués».

León Felipe no se casa con ninguna facción, reprueba a todas por igual: republicanos de izquierda, socialistas, sindicalistas, comunistas, estalinistas, anarquistas, trotskistas, nacionalistas... Le enervan la excesiva burocracia y el retroceso de las conquistas revolucionarias. No buscaba culpables, habló y los que se sintieron ofendidos tenían entonces la necesidad de cambiar.

Entiende que mientras los soldados y milicianos mueren en el frente, las ciudades se llenan de raposos que buscan aumentar sus caudales y man-

tener sus redes clientelares. “He contado a mis muertos, los he contado uno por uno”, llega a expresar en el escrito. Los niños fallecen en los bombardeos y, por ello, clama a la Justicia. “Nadie entiende en el mundo la palabra ‘justicia’”, proclama.

La situación que encontrará Felipe en Valencia (nueva sede del Gobierno republicano) parece darle la razón en su análisis. Los sectores republicanos están divididos. Además, comprende que el enemigo es muy poderoso, pues está auspiciado por las fuertes potencias fascistas europeas, y debe hacer un llamamiento al orgullo y al heroísmo proletario.

Y en plena contienda, Felipe elaboraría otro poema, “Subasta”. Asimila

que su tierra se queda sola y la tragedia es inminente. Recurre a la humanidad como única vereda, ante las adversidades de un tiempo histórico terrible. Se siente incomprendido y va asimilando el fracaso.

Son los hombres y las mujeres los que deben ser felices, quizá en mitad de una guerra fraticida sea este concepto verdaderamente utópico, pero esa meta inalcanzable es la energía necesaria para el poeta. La ideología anarquista aquí está muy presente. La línea de salida sería esa lucha antifranquista y la búsqueda de esos seres humanos honestos.

León Felipe empezará a hablar bien alto y no puede moderarse. Iniciará un grito contra la insensatez y reivin-

dica el tono elevado del español, ante las injusticias, una voz que debe recorrer el mundo y hacerse oír. Lo escribirá, ya en el exilio mexicano, en *Nueva antología rota*: "Sin embargo, el español no habla alto. Ya lo he dicho. Lo volveré a repetir: el español habla desde el nivel exacto del Hombre, y el que piense que habla demasiado alto es porque escucha desde el fondo de un pozo".

Max Aub llegaría a definir la creación del poeta zamorano de la siguiente manera: "León brama la soledad del hombre, se enfrenta con la injusticia, provoca, ofende, apoda a los responsables; imagen viva, desolada y desollada de nuestra España, empalada en su muñón sangriento de la Historia".

Y la esperanza del poeta finalmente decae. "Pueblo español revolucionario, ¡estás solo!" (afirma en *Drop a star*). En el otoño de 1938, a bordo del transatlántico Bretaña que le lleva camino del exilio al continente americano, aprovechando elementos de poemas escritos anteriormente en España, León Felipe confirma su desesperación escribiendo otro poemario, pero esta vez será un poema trágico, se trata de *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*. Ahora, quizá añorando la experiencia funesta, pero muy humana, recién vivida en su tierra, evoca para concluir:

«Las revoluciones se hacen para restaurar la justicia y para colocar a cada hombre en su lugar».

LA REVOLUCIÓN CULTURAL: RADIO, CINE Y PRENSA LIBERTARIA

A partir del 21 de julio de 1936, el lujoso edificio que había albergado la sede de la patronal catalana, situado en la Vía Laietana 32-34, pasó a ser conocido como Casa CNT-FAI. Dos días antes, los militantes anarcosindicalistas barceloneses, dueños absolutos de la ciudad tras derrotar a los militares sublevados, lo habían ocupado, instalando allí las dependencias de la organización que iba a gestionar el orden revolucionario hasta su ocaso, después de los sucesos de Mayo de

1937. La Via Laietana, avenida donde estaba localizada esta majestuosa edificación, a partir de noviembre 1936 pasó a denominarse Vía Durruti, en honor del popular líder libertario fallecido por aquel entonces en el frente de Madrid. Aledaña al predio estaba la vivienda del político conservador Francisco Cambó, con su imponente biblioteca personal que el periodista ácrata Jacinto Toryho supo cuidar y leer.

Toda Barcelona experimentaba un clima de efervescencia cultural y revolucionario que incluso el novelista inglés George Orwell, partícipe en aquella situación, no dudó en afirmar ilusionado: "Por primera vez en mi vida, me encontraba en una ciudad donde la clase trabajadora llevaba las riendas".

Los responsables de las Oficinas de Propaganda de la CNT-FAI organizaron un amplio repertorio de conferencias sobre temas muy variados: política, sanidad, educación, milicias, cultura, economía, literatura, ideología anarquista, etc. Para ello contaban con un nutrido grupo de profesores, escritores y militantes reconocidos que se ofrecían para participar en aquellos simposios. Previamente, las calles barcelonesas eran engalanadas con esmero mediante pasquines y carteles que anunciaban los actos. La emisora confederal, siempre que le era permitido, retransmitía las conferencias y discursos que también se solían incluir en las páginas del diario *Solidaridad Obrera*.

El Cine Coliseum de la capital catalana fue una de las primeras salas en

ofrecer el cine sonoro en España; durante la guerra civil fue expropiado por el Sindicato Único de Espectáculos Público (SUEP), adherido a la CNT-AIT. Allí se alternaría la proyección de películas con dichas charlas instructivas. La *Soli*, de 3 de noviembre del 36, informó tajante: "Todos los teatros están controlados por la CNT. Queda suprimida la reventa y las claques. Todos los teatros funcionan en régimen socializado y por tal motivo no se dan entradas de favor".

Asimismo, los periódicos pasan a ser administrados por comités de trabajadores. *La Veu de Catalunya* sería tomada por los anarcosindicalistas y *La Vanguardia* saldría bajo control obrero CNT-UGT. Durante los pri-

meros meses de la contienda, el orden burgués parecía que definitivamente se había roto y el corazón de toda Barcelona latía al unísono. Desde el extranjero acude un variopinto ejército de soñadores: revolucionarios profesionales, románticos variados, jóvenes brigadistas, periodistas utópicos y escritores bohemios que empiezan a entender que deben abandonar sus individualistas vidas para sumarse a esa genuina transformación social. La utopía anarquista estaba siendo llevada a la práctica.

Igualmente, ponen en funcionamiento emisoras de radio; una de ellas, ECN1 Radio CNT-FAI Barcelona, dirigida por Toryho, se convertirá en todo un símbolo de los mecanismos de la nueva cultura pro-

letaria que intentaban construir. Por los micrófonos de la radiofónica confederal pasan las principales voces del anarquismo internacional y un nutrido elenco de reputados intelectuales afines al antifascismo: John Dos Passos, Rudolf Rocker, Erwin Piscator, Emma Goldman, Waldo Frank, Gonzalo de Reparaz, Mercedes Comaposada, Federica Montseny, Camilo Berneri, Alexander Shapiro, Amparo Poch, Lucía Sánchez Saornil, Félix Martí Ibáñez, Rodolfo González Pacheco, Eduardo Barriobero y un larguísimo etcétera. La programación incluía programas en diferentes idiomas, incluido el esperanto, verdadera lengua de comunicación internacional en aquel interesante periodo histórico.

Los conciertos populares abundan, famosos compositores como Pau Casals y Joan Dotras Vila se suman a la causa participando en los eventos, junto al repertorio de piezas de música clásica sonarán *Hijos del Pueblo* y una nueva canción cuya letra cautiva al proletariado catalán: *¡A las barricadas!*

Los anarquistas también colectivizan la industria cinematográfica, produciendo variados documentales sobre la guerra, la gestión económica libertaria o películas de ficción propias como *Barrios bajos* o *Aurora de esperanza*. Sin embargo, el retroceso de las medidas revolucionarias comienza a ser evidente a medida que avanza la guerra. Por ejemplo, un ambicioso reportaje con imágenes de un

Hotel Ritz colectivizado por la CNT y la UGT —proyectadas mientras sonaba la *Marcha turca* de Mozart—, con pretensión de que diera la vuelta al mundo, se decide que no fuera proyectado ante la carestía de algunos alimentos en la ciudad que abundaban solo unas semanas antes, tal y como recogía el testimonio cinematográfico.

El multitudinario entierro de Durruti, por las calles de la Ciudad Condal, también es captado por las cámaras socializadas. La crítica de arte y diputada republicana Margarita Nelken escribiría, a modo de directa antítesis, para reflejar la irreparable pérdida del héroe leonés: "Durruti ha muerto: ¡Viva Durruti!". Y en diciembre del 36, la emisora confederal

al unísono con Radio Asociación de Cataluña emite el homenaje del SUEP y el Comisariado de Propaganda de la Generalitat dedicado a Federico García Lorca. Intervinieron Marcos Alcón, Josep Carner i Ribalta, Manolo Gómez y Rafael Alberti.

Aquel día, en el acto lorquiano, no estaba León Felipe. Y difícil lo tuvo siempre el poeta zamorano para ser escuchado en la radio libertaria pues aunque tuvo el privilegio de ser uno de los pocos varones en publicar en la revista *Mujeres Libres* —otro fue el escultor, también zamorano, Baltasar Lobo—, y con frecuencia su pluma aparecería en diferentes revistas antifascistas, no pudo hacerlo en la radiofónica anarquista.

León Felipe creó *La Insignia*, poema profético e iconoclasta, para ser recitado en el Cine Coliseum en una actividad organizada por los libertarios. La mañana del domingo 28 de marzo, el auditorio estaba repleto y, como era habitual, los hermanos Cuevas colocaron altavoces en el exterior para que el acto pudiera ser oído por la gente que no había podido acceder al espacio. Toryho presentaría el acto y Felipe estaba exultante, deseoso de hablar y aconsejar a sus compañeros. La censura de guerra prohibió la radiodifusión del recital. Desaconsejó tajantemente hacerlo, pues evitaba herir sensibilidades por un poema crítico y punzante. No obstante, sí permitió la publicación de un extracto en *Solidaridad Obrera* dos jornadas después y, posteriormente, las

Oficinas de Propaganda de CNT-FAI editaron la alocución poética mediante un sencillo libro.

La libertad daba paso a las restricciones y hasta el periódico cenetista aceptaría abiertamente las limitaciones impuestas por la censura —que llegaría a suprimir la prensa del POUM —, acatando órdenes superiores, tras la contrarrevolución de Mayo del 37. Incluso los poseedores de aparatos de radio terminarían teniendo la obligación de censarlos, bajo amenaza de multa.

León Felipe no pudo recitar por las ondas en la emisora libertaria. La última programación de ECN1 Radio CNT-FAI Barcelona fue el 15 de junio de 1937. El Gobierno republi-

cano había consolidado su plan de centralizar la propaganda en plena guerra y las esperanzas revolucionarias se desvanecían lentamente.

Quizá George Orwell también hubiera deseado dirigirse a los trabajadores antifascistas españoles y, probablemente, seguiría impresionado por el control efectivo obrero de gran parte de la industria y del espacio rural aragonés. En cambio, León Felipe ya había comprendido el absoluto desastre, acontecido en un país destrozado y muy pronto errante, que hasta no había permitido expresarse a un poeta sincero.

ENTRE QUIJOTES Y PROMETEOS

En Zamora todo el mundo conocía a Finisterre. En los albores del siglo XXI, un vecino ilustre había llegado a la ciudad. Él defendía con orgullo su condición de gallego, pero todos los zamoranos sabían que vivió en México por muchos años. Tenía un fortísimo carácter y era un gran conversador, decían que hasta había inventado el futbolín durante la guerra y, haciendo gala de su fama de fanfarrón, él alardeaba de haber sido amante de Frida Kahlo en su juventud. Hasta su

nombre era un enigma, bautizado como Alexandre Campos Ramírez, utilizaba un pseudónimo: Alejandro Finisterre.

El gallego no estaba en Zamora precisamente de vacaciones. Era el albacea de León Felipe y se propuso vender al ayuntamiento de la ciudad del Duero parte del legado documental y escritos del poeta que estaban en su poder. Y el galaico, antiguo empresario de éxito en el país azteca, cumplió finalmente su propósito.

Finisterre contaba muchas vivencias: una de ellas, que protagonizó uno de los primeros secuestros de avión de la historia, allá en América, huyendo de los agentes secretos de Franco; otra, que creó el primer pasahojas de parti-

turas accionado con el pie, complaciendo de esta manera a una joven pianista de la cual se enamoró en Barcelona en plena contienda.

Víctima de su destino, no solían nunca reconocerle quizá su mayor mérito: había sido el gran editor de las obras de León Felipe. El gallego publicó en América la mayoría de sus poemas y traducciones. Ambos compartieron destierro y vivencias, y los dos se unieron en una ardua labor editorial que rescató la producción de un buen puñado de escritores exiliados españoles.

Y es que, en América, Felipe se encontró con varios libertarios. Octavio Paz siempre reivindicó el carácter anárquico de su compañero, desta-

cando los problemas que le causó la lectura de *La Insignia* —en la España republicana de 1937—, pues fue "un ataque a la hipocresía de los ingleses y a la burocracia comunista", en un momento que no debía buscarse complicaciones. Gerald Brenan defendió que España era posiblemente el último reducto romántico de Europa y las crónicas de la judía mexicana Anita Brenner, para *The New York Times* durante la guerra, parecen avalar esa hipótesis de la innata personalidad antiautoritaria del español.

La vida de León Felipe fue pura antítesis y peregrinaje. En su juventud recorrió España y Portugal en una compañía de teatro ambulante, para después ser detenido y condenado por sus deudas económicas. La estan-

cia en prisión la aprovechó para leer el *Quijote* y la Biblia, obras que marcarían su estilo posterior y futuras inquietudes. Verdaderamente, la cárcel era en aquella época la universidad de los obreros y el poeta supo hacer de su celda una buena aula. Boticario, cómico, lírico, errante, todo lo tenía.

Sobre su deambular existencial parece reflexionar, años más tarde, en los versos de *Drop a star*:

"*La sociedad, el mundo, ¿no pueden ser más que un laberinto de errores, un cuento sin sentido dicho por un loco furioso?*".

En el exilio americano León Felipe retomaría sus labores filológicas. Seguiría traduciendo obras de su amigo

Waldo Frank, así como de otros ilustres escritores fundamentalmente de la lengua inglesa: Walt Whitman, H. G. Wells, Rumer Godden, Bertrand Russell, Oscar Wilde, Willa Cather o Marie de Heredia.

Además, en la Ciudad de México tuvo León Felipe como vecina a una ilustre fotógrafa, Mollie Steimer. Ella, judía y anarquista militante, intentó hacer la revolución social en medio mundo: Rusia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia... Y finalmente, expulsada de todos los lugares y derrotada en todas las causas posibles, recaló en Ciudad de México, donde abriría un estudio fotográfico junto a su pareja, el también revolucionario ucraniano Senya Fleshin.

Mollie Steimer llenaba de entusiasmo desbordante los lugares a donde acudía, recordaba con nostalgia a sus viejos amigos y procuraba fortalecer las nuevas amistades. Políglota y culta, le gustaba mucho tertuliar, mostrando abiertamente sus ilusiones y proyectos. La revolución libertaria aún estaba latente en su corazón y entendía que con su cámara debía denunciar las injusticias existentes. El poeta pronto le mostró su más sincero aprecio, dedicándole un poema que incluía los siguientes versos:

"Por tu sonrisa que todo lo alegra,
Lo ilumina y lo levanta
Yo te quiero como a una hermana".

Igualmente, su excelente amigo Juan Larrea pudo conversar, interminables

horas, sobre literatura con él. Larrea era otro magnífico escritor español exiliado, quien tuvo México como primer destino. Antes, había conocido a importantes filólogos (Maír José Benardete), escultores (Jacques Lipchitz) y, por supuesto, a una inacabable lista de escritores.

En México también recaló Max Aub. Y alguien que cautivaría pronto al poeta zamorano, pero que más tarde le haría perder su desmesurada ilusión inicial por participar en el mundo del cine; hablamos de Luis Buñuel. Felipe nunca tuvo suerte en el nuevo género artístico, aunque ideó un poema cinematográfico, titulado *La manzana*; su guion no tuvo posibilidad alguna de ser llevado a la gran pantalla. La industria del cine

mexicano era algo complejo e inaccesible para extraños y el eterno nómada halló, otra vez más, una puerta infranqueable.

León Felipe fue el poeta de la tolerancia religiosa, tuvo muchas amistades judías —hasta la comunidad israelita mexicana le dedicó un sentido homenaje en el año 1967— y tomó contacto con las ideas del cristianismo liberal protestante, cuyas convicciones profesaba su esposa, Berta Gamboa. El humanismo religioso y la bella acracia se daban la mano con frecuencia.

En tierras americanas pareció encontrar la felicidad. Su personalísima lírica dejó siempre la mentira para los cainitas, pues su espíritu libertario

entendía la poesía como un instrumento de combate. Años atrás, en la capital azteca había conocido a Berta Gamboa, y en México encontró una parada necesaria en el camino. Hasta la boda de la pareja, celebrada en Nueva York en 1923, era recordada por Guillermo de Torre como algo excepcionalmente austero: "Dos dólares la licencia de matrimonio, veinte centavos un viaje en autobús, y el resto, hasta tres dólares, la cena en una cafetería".

Sin embargo, el bienestar en la vida del poeta desterrado sería efímero. Berta Gamboa falleció en 1957, dejando al poeta sumido en una profundísima pena. A partir de aquel momento, la omnipresente soledad acompañaría a León Felipe hasta su muerte, once años más tarde.

LEÓN FELIPE, BERTA GAMBOA Y LA REVISTA *MUJERES LIBRES*

En el año 1936, España se encontraba en un momento histórico crucial, con una situación política cada vez más complicada tras las elecciones de febrero de ese año. El avance del fascismo en el contexto internacional era evidente y se requería una respuesta contundente y amplia, no había tiempo para ninguna tregua. Frente a esta realidad, las mujeres libertarias continuaban con su proyecto organizativo en torno a la publicación de una revista anarcofeminista; era abril de 1936. El núcleo fundacional lo componían

Lucía Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada y Amparo Poch y Gascón; eran mujeres comprometidas con la causa obrera, feminista y libertaria. No era la única organización ni la primera que surgía del ámbito del feminismo más activo y emancipador y se unía a un amplio frente donde también se encontraba —por ejemplo— la reciente Asociación de Mujeres Antifascistas, transversal, pero muy ligada al Partido Comunista.

La nueva organización libertaria se dedicó, además de a emprender el proyecto editorial *Mujeres Libres*, a establecer delegaciones por todo el territorio. En la revista se plasmaba su ideario político y se visibilizaban los proyectos feministas que iban surgiendo, así como se organizaba y am-

pliaba la red de contactos. Uno de los objetivos principales de Mujeres Libres, como organización y como publicación, era mejorar la educación social y profesional de las jóvenes. La organización creció rápidamente y antes del inicio de la guerra civil española contaba con unas veinte mil militantes activas; había logrado ya publicar tres números de su revista. Entre 1936 y 1938 publicaron un total de trece números, convirtiéndose en una poderosa fuerza durante ese periodo. *Mujeres Libres* fue una publicación feminista y anarquista. Sin embargo, decidieron no denominarla explícitamente anarquista como tal debido a que esperaban dirigirse a un público femenino muy amplio y mayoritariamente con un nivel cultural bajo, algunas de ellas analfabetas, y no

querían alejarlas con la palabra tan manoseada públicamente. Una de las secciones de la publicación, llamada "obrerismo", hacía referencia a temas específicamente relacionados con las mujeres obreras. Esta sección, impulsada o liderada por una de las fundadoras y redactoras de la revista, Lucía Sánchez Saornil, cambió de un enfoque reivindicativo en los tres primeros números a uno constructivo en los diez restantes, cambios debidos al proceso revolucionario que se estaba impulsando.

En la revista hubo muchas colaboradoras, algunas de ellas eran ya reputadas plumas en los ambientes libertarios, como por ejemplo Emma Goldman, Lola Iturbe, Áurea Cuadrado o Pilar Grangel. Pero esa parece

que no era ni la tónica habitual ni el objetivo del colectivo. La redacción estaba compuesta por un grupo diverso de mujeres, cuyas historias y trayectorias académicas eran variadas. Entre las escritoras principales, un tercio no habían tenido acceso a educación superior, y entre ellas se encontraban obreras del sector textil y una telefonista. Estas mujeres, a pesar de no haber tenido acceso a una educación formal, eran valiosas contribuyentes a la revista con su experiencia y sabiduría adquirida a través de la vida; su experiencia vital era fundamental para poder empatizar con el resto de las compañeras. Eran un ejemplo y atraían a otras mujeres obreras para escribir, informar, distribuir y administrar.

Una de las colaboradoras ocasionales

de la publicación fue Berta Gamboa, fotógrafa, escritora y periodista de origen mexicano. Gamboa conoció a León Felipe en México durante su exilio en 1923, tras lo cual decidió seguirlo a Nueva York, donde se casaron poco después. Juntos, regresaron a España antes del estallido de la Guerra Civil. La redactora desde principios de 1937 habría colaborado con varios medios obreros, entre otros *Frente Rojo,* órgano del Partido Comunista de Valencia, en el que aportó una crónica sobre el Peñón de Ifach en el contexto bélico. Escribió dos artículos para la revista *Mujeres Libres*. El primero de ellos salió en el octavo número, fechado en la ciudad de Valencia en marzo de 1937, llevando por título "Prisioneros". El relato de Berta Gamboa se desarrollaba con

una prosa poética que evocaba una realidad cotidiana de la guerra, pero con un toque literario que la hacía más profunda y emotiva. La escritora, que había sido testigo de los horrores de la contienda junto a León Felipe, relataba en primera persona la historia de unos detenidos que habían sido apresados en el conflicto. A través de su pluma, Gamboa describía con detalle la escena, presentando a los personajes como si estuviera tomando una fotografía: dos alemanes, tres italianos, cuatro españoles, un cubano y un moro. El relato se desarrollaba en las calles y la cárcel de Valencia, una ciudad que en ese momento estaba en manos republicanas y que servía como escenario perfecto para la narración.

Gamboa finalizaba con una reflexión

sobre el sentido de la guerra y sobre la imagen que se daba de ella en la propaganda nacionalista. Para la escritora, Valencia, la capital momentánea, no era el infierno rojo que se describía en las noticias, sino un lugar donde se luchaba por un ideal justo y donde se buscaba construir una España antifascista. La moralina dejaba entrever la esperanza y la lucha que se libraba en esos momentos tan difíciles, y que seguía viva en la mente y el corazón de las personas que luchaban por la libertad y la justicia. En ese mismo número, se hacían dos referencias a León Felipe. La primera de ellas breve, una cita en el calendario que fijaba que el poeta había impartido, junto con Noja Ruiz, en el salón de actos de la CNT-FAI una conferencia. La segunda, más amplia, era sobre su figu-

ra y finalizaba con una declaración sobre el autor y especialmente sobre su obra: "León Felipe es nuestro. Lo ha sido siempre". Era una reseña, una reivindicación con motivo de su conferencia para finales de marzo de 1937. Mujeres Libres no solo reivindica ese texto y propuesta, sino que además critica, en cierta medida, la ausencia de la CNT-FAI o de sus oficinas de propaganda en el frente cultural. La crítica y la autocrítica eran necesarias en un momento tan difícil y complejo. Para la publicación, León Felipe era el poeta que andaba de aquí para allá en búsqueda del *Quijote*. Una aventura del héroe popular que había vuelto a territorio peninsular. También se hacen eco de que el escritor había abandonado su cómoda situación laboral y económica en

Panamá para conocer, de primera mano, la revolución ibérica, hecha de esencias comunales y anárquicas.

En el número nueve de su publicación, Berta Gamboa expresa su gratitud hacia el gobierno mexicano. Al comienzo de la guerra civil española, en 1936, México se encontraba bajo el mandato del presidente Lázaro Cárdenas, quien había asumido el poder en 1934. A pesar de que inicialmente adoptó una postura oficial de neutralidad, el gobierno mexicano mostró una clara simpatía hacia el bando republicano. En 1937, México rompió esta neutralidad y declaró públicamente su apoyo al gobierno republicano español. Esta decisión se basó en las similitudes ideológicas entre ambos gobiernos, ya que los dos eran de

izquierda y compartían una visión antifascista. Además, México estaba preocupado por las posibles consecuencias que una victoria franquista en España podría tener en América Latina.

En Caspe, el 1 de Mayo de 1937, fue un día importante en la historia del Consejo de Aragón. El gobierno regional decidió unirse a las manifestaciones de agradecimiento hacia México por su colaboración y condena del golpe. Además, el homenaje podría haber significado un cierto reconocimiento internacional para el consejo autónomo regional. Se puede ver la importancia del evento en las páginas del periódico *Nuevo Aragón*, donde se informaba diariamente de los preparativos y de la amplia adhe-

sión de varios consejos municipales. A pesar de un ataque aéreo en la madrugada del 1 de mayo, que pretendía deslucir e impedir los actos, estos continuaron sin alteraciones. Representantes de México llegaron, acompañados por varios miembros del gobierno y corresponsales de medios informativos. Gamboa, además de redactar la crónica de la visita de una embajada mexicana al Consejo de Aragón, también tomó la palabra junto con Antonio Ortiz, Jaime Miravitlles y el presidente Joaquín Ascaso. En las primeras páginas de ese mismo número de la revista anarcofeminista, también aparecía una fotografía bajo el título de "Compañeras de Barcelona, escuchando la magnífica conferencia de León Felipe sobre poesía integral".

En Barcelona, el 18 de marzo de 1938, se editó "Oferta", un poema del autor León Felipe que apareció en el número doce de la revista *Mujeres Libres*. Curiosamente, este fue el primer y único texto escrito por un hombre que apareció en la publicación, ya que normalmente se rechazaba cualquier colaboración de este tipo. Se cree que fue gracias a la influencia y respeto que tenía Berta Gamboa en el equipo de redacción, quien logró convencer a las editoras para publicar el poema. Los primeros versos de este, aunque hablan de la triste guerra, parecen aludir a esta inusual aparición en la revista, con la frase "yo no soy nadie aquí / ya lo sé".

En el otoño de 1938, la revista *Mujeres Libres* publicó su último número,

en el cual se incluyeron fragmentos del "Poema trágico español" de León Felipe, enviado desde su exilio en México. Además de la contribución literaria de Felipe, también colaboró el cartelista e ilustrador Baltasar Lobo, compañero de una de las impulsoras del proyecto, Mercedes Comaposada. Su aportación representaba escenas de guerra, trabajadoras y campesinas. Sus imágenes se utilizaban en periódicos y revistas anarquistas, libertarias y antifascistas. Como ilustrador de *Mujeres Libres*, Lobo se convirtió en el único hombre aceptado por el equipo de redacción. Sus dibujos de mujeres, algunos en color y de gran tamaño, aportaron —junto a otras— un gran nivel artístico a la revista y ayudaron a dar una imagen más completa de las luchas y desafíos que en-

frentaban las mujeres en esa época. A pesar de que solo se menciona a estos dos colaboradores, es probable que otros compañeros también hayan contribuido a este proyecto de esperanza y liberación, aunque en el fondo, no deja de ser una cuestión meramente anecdótica.

SHALOM BARCELONA: OTRO PUEBLO SIN ESTADO

Cuando Marcelino Ulibarri tuvo conocimiento de que la Brigada Político-Social de la Policía de Barcelona había requisado toda la documentación perteneciente al Centro Israelita Agudad Ahim de la Ciudad Condal, el 8 de febrero de 1939, tras la toma de las tropas franquistas de los barrios de la ciudad, no tardó nada en solicitar encarecidamente el envío de todos aquellos papeles, pues podían aportar información para el seguimiento y control de aquellos judíos que sorprendentemente habían vivido con

total normalidad en la capital catalana durante los últimos años.

Ulibarri, carlista acérrimo y afín al nacionalsocialismo alemán, no podía consentir la impunidad de aquellas gentes de la comunidad hebrea que habían jugado a retornar a Sefarad y menos aún que el Archivo de Salamanca, del cual pronto sería su máximo directivo, no tuviera entre sus arduas tareas la de expedientar a los centenares de judíos localizados en Barcelona. Para ello, fue constituido el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y del Comunismo, aprobado por decreto el 4 de junio de 1940 y que funcionaría hasta el año 1971, institución represora de la cual el antiguo requeté sería nombrado su primer presidente.

Lo que no podía imaginarse el viejo antisemita es que muchos de esos judíos, a quien él perseguía con saña —por una deleznable cuestión racial e ideológica—, tuvieran un destacado compromiso antifascista militante que habían manifestado con pasión durante toda la contienda bélica y que, incluso, varios de aquellos "marranos" y "usureros" hebreos —en su creencia, nietos de los israelitas expulsados con acierto por los reyes Isabel y Fernando en 1492—, se hubieran implicado en las actividades de las organizaciones libertarias y en la revolución social surgida tras el ilusionante triunfo popular del 19 de julio del 36 en las calles de Barcelona.

León Felipe paseó por los mismos bulevares que esos sefardíes y asquenazíes barceloneses modernos. Un buen amigo suyo, Waldo Frank, lo había hecho también un tiempo antes. Asimismo, Frank era un gran conocedor de la obra de Walt Whitman e igualmente, gracias a las impresiones de uno de sus viajes a España, había escrito una gran obra, *España Virgen*, magistral crónica de la estancia de un importante filólogo norteamericano en la península.

Waldo Frank hablaba la lengua que le habían enseñado sus ancestros en la infancia, el ladino, un idioma cargado de nostalgias y recuerdos pretéritos y con el que pudo desenvolverse en una tierra que lo recibió como otro de los suyos. Probablemente, León Felipe

tuviera ocasión de escuchar el judeoespañol en alguna otra ocasión en las oficinas del diario *Solidaridad Obrera* o en las instalaciones de la revista *Mujeres Libres*. Por allí pasaron bastantes judíos de diferente procedencia. La exiliada austriaca Etta Federn fue una de ellas. Federn era filóloga, escritora y una destacada activista de la principal organización anarcosindicalista alemana —la FAUD—. Transterrada en Barcelona, se involucró en el movimiento Mujeres Libres y en las propuestas pedagógicas libertarias, siguiendo las doctrinas de Ferrer Guardia, creó un centro escolar ácrata en la provincia de Girona durante la guerra. Creía en la revolución iniciada por el anarquismo español como la única posibilidad de avanzar en la emancipación y en las libertades

de la mujer, “frente a la horda negra de fascistas, de militares y del clero”.

Seguramente, Frank y Federn no se disgustarían demasiado cuando se enteraran que, a través de la CNT, una sindicalista judía alemana, Martha Lewin —de soltera, Wüstermann—, había asumido la dirección de una librería colectivizada, Nueva Cultura, sita en el número 32 de la Rambla de Catalunya, que había pertenecido hasta entonces a un militante nazi.

Sobre el día a día del régimen hitleriano tenían amplio dominio muchos de los judíos antifascistas alemanes que acudieron a la llamada de España, ante el golpe de Estado militar, haciendo que el yidis se escuchara con naturalidad por las amplias avenidas

de la capital catalana. Clara Thalmann se había inscrito como nadadora del equipo suizo en la Olimpiada Popular que se iba a celebrar entre el 19 y el 26 de julio y que el levantamiento militar abortó. El evento deportivo surgió como respuesta de las organizaciones obreras y el gobierno izquierdista a las olimpiadas oficiales convocadas en el Berlín nazi para ese año. Cientos de jóvenes deportistas antifascistas —decenas eran judíos germánicos— de múltiples lugares del planeta, habían llegado a Barcelona para participar en las competiciones y ahora, viendo la situación revolucionaria que se abría ante sus ojos, decidieron quedarse para apoyar a sus compañeros españoles. Otros judíos, impactados por la praxis real de las propuestas libertarias, vendrían

después: Simone Weil, filósofa francesa de extraordinaria formación, se alistó como periodista para unirse al grupo de extranjeros de la Columna Durruti; y junto al héroe popular leónes, también combatió Carl Einstein, influyente escritor y crítico de arte, promotor de los movimientos de vanguardia en la Alemania prenazi; tras la muerte de Durruti publicó un emotivo epitafio.

Kati Horna nació en el seno de una acomodada familia judía húngara. Estudió fotografía en Berlín, relacionándose con la escuela de la Bauhaus y años más tarde conocería a Robert Capa. En enero del 37 viajó a Barcelona con un nombre ficticio —probablemente para esquivar con acierto a los servicios secretos alemanes—,

presentándose con su cámara en la oficina de propaganda exterior de la CNT-FAI que dirigía Augustin Souchy. Allí, se le asignaría otro nombre, Catalina Partos, con el cual se le entregó su carné del sindicato anarquista. Realizó reportajes fotográficos en los periódicos y revistas libertarias, donde a la par publicaba León Felipe, ilustrando la revolución cultural y social en marcha.

La pareja formada por Rudolf Rocker y Milly Witkop, ambos muy ligados a la militancia judía anarquista —uno, nacido en Alemania; y la otra, en la actual Ucrania—, también puso pronto su pluma a disposición de los intereses del antifascismo en armas. En 1937, en plena guerra civil española, Rocker escribi-

ría *La Tragedia de España*, documento esclarecedor donde destapa los intereses políticos y económicos de los países vecinos respecto a España y contra el movimiento revolucionario de los trabajadores. En vista de los resultados, parece que el análisis del avezado historiador libertario no fue muy desacertado.

Y una sempiterna ilustre viajera, Emma Goldman, judía lituana exiliada en los Estados Unidos, llegó a Barcelona a mediados de septiembre del 36 para intervenir en las emisiones radiofónicas de la confederal en inglés dirigidas al mundo anglosajón y visitar las iniciativas de colectivización agraria en el frente de Aragón. La escritora, habitual del presidio y de las causas justas, tuvo el honor de ser ca-

talogada por el FBI como "la mujer más peligrosa del mundo". Su infatigable anhelo por construir un mundo mejor y su desmesurada pasión por la alegría quedan reflejas en una de sus más populares sentencias, «si no puedo bailar, tu revolución no me interesa». En las oficinas de propaganda de CNT-FAI, la militante feminista se encontraría con otro mítico justiciero, Simón Radowitzky, quien en 1909 había ejecutado al coronel Falcón —el responsable de la matanza del Primero de Mayo bonaerense—, siendo considerado un héroe para la clase trabajadora argentina.

Un colectivo único que León Felipe, profeta libertario, pudo conocer y tratar. Y unos años después, sabedor

del fatídico destino que habían tenido sus amigos judíos en los campos del horror nazis, decidiría dedicar varios de sus versos a un pueblo hermano y sufridor. Contradiciendo a Adorno, que suponía que no podía hacerse poesía después del drama de Auschwitz, prefirió hacer caso a Jorge Guillén o a José Ángel Valente y sumar su pluma a la de los líricos que denunciaron la tragedia hebrea en sus poemas. "Cualquier habitante de la tierra / Sabe mucho más del infierno / Que esos tres poetas juntos"; a su parecer, hasta los vates clásicos debían callar, pues el averno ya había existido en el mundo. Y se acordaría también del niño judío que estremecido esperaba la apertura del portón de la cámara de gas, en su poemario *¡Oh, este viejo y roto violín!*, evocando el terrible final de Ana Frank.

Sintió la Shoá como parte del drama de un pueblo errante como él. Y años más tarde, tras la constitución del moderno Estado de Israel, llegaría a dedicar a ese pueblo transterrado un bello discurso poemático donde confundió —a propósito— el árbol nacional israelí —el olivo—, con el sauce llorón, comprendiendo la existencia de unos supervivientes que habían derramado tantas lágrimas. Retornaron entonces los recuerdos: Panamá, el México acogedor, la Barcelona revolucionaria, los campos yermos de Castilla y el eterno Sefarad.

León Felipe, roto de dolor y conocedor del fatal destino que le esperaba a su querida tierra, abandonó España el 22 de octubre de 1938. E igual suerte les esperaría a los judíos antifascistas

españoles. Tras la caída de Barcelona, a finales de enero del 39, la sinagoga y el centro comunitario judío de la calle Provenza fueron saqueados, iniciándose la elaboración de expedientes y la represión de los ciudadanos de ascendencia hebrea. La maquinaría del régimen comenzaba a funcionar a pleno rendimiento, el combustible estaba asegurado.

Es prácticamente seguro que, preso de sus delirios de grandeza y sadismo, el todopoderoso represor Ulibarri, como siglos antes hicieron los inquisidores de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, no pudo ni siquiera fantasear con que un movimiento cultural y revolucionario de semejante magnitud pudiera ocurrir solo unas semanas antes en su territorio

patrio. Un movimiento donde los judíos fueron también embajadores de una colectividad sin fronteras que quiso dar jaque al fascismo y a la sociedad capitalista.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

AISA, Ferran (2010): «León Felipe al Coliseum», *Poetes en temps de revolta. Barcelona, 1936-1939*, Lleonard Muntaner Editor, Palma.

AISA, Ferran (2017): *ECN 1. Radio CNT-FAI Barcelona. La voz de la revolución*, Entreambos - Ajuntament de Barcelona, Barcelona.

Anónimo (1937): «Un poeta [sobre León Felipe]», *Mujeres Libres* [Barcelona], n.º 7.

Anónimo (1937): «Palabra y letra de la revolución. León Felipe», *Mujeres Libres* [Barcelona], n.º 8.

Anónimo (1937): «León Felipe. Poeta y hombre», *Solidaridad Obrera* [Barcelona], 27/03/1937, p. 1.

Anónimo (1937): «Interesante documento firmado por varios

intelectuales», *Solidaridad Obrera* [Barcelona], 04/03/1937, p. 6.

Anónimo (1937): «Mujeres Libres», *Solidaridad Obrera* [Barcelona], 19/03/1937, p. 6.

Anónimo (1937): «Presentación oficial de las fuerzas de seguridad de Aragón», *Solidaridad Obrera* [Barcelona], 01/04/1937, p. 4.

Anónimo (1937): «Acto de simpatía a la 82 Brigada en Segorbe», *Solidaridad Obrera* [Barcelona], 11/05/1937, p. 8.

ARIAS CAREAGA, Raquel (2015): "León Felipe alista a Don Quijote en el bando republicano", *Edad de Oro*, XXXIV (2015), pp. 57-68.

ASCUNCE ARRIETA, José Ángel (1987): *La poesía profética de León Felipe*, Facultad de Filología y Letras de la Universidad de Deusto, San Sebastián.

ASCUNCE ARRIETA, José Ángel (2000): *León Felipe: trayectoria poética*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.

BLANCO AGUINAGA, Carlos; RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio; ZABALA, Iris (1979): *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, volumen III, Castalia, Madrid.

CIVANTOS URRUTIA, Alejandro (2017): *Leer en rojo. Auge y caída del libro obrero (1917-1931)*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid.

COCA, Carlos (2022): «El periodista sin amo y el último profeta. León Felipe y Jacinto Toryho, dos escritores olvidados», serhistorico.net, 22/05/2022.

COCA, Carlos (2022): «León Felipe recitó 'La Insignia', mientras otro zamorano entrevistaba a Dos Passos», *La Opinión - El Correo de Zamora*, 29/05/2022.

DELGADO DE CASTRO, Manuel Ángel (s/f): *León Felipe y la Guerra Civil Española. Del origen y la esencia del hombre*, Tesina dirigida por Vicente Granados (Facultad de Filología de la UNED).

DÍAZ NOSTY, Bernardo (2022): *Periodistas extranjeras en la guerra civil*, Renacimiento, Sevilla.

FELIPE, León: «Esta es la exégesis heroica», *Ayuda. Semanario de la solidaridad*, Madrid, núm. 24, 31/10/1936.

FELIPE, León (1937): *Poesía revolucionaria*, Oficinas de Propaganda, CNT-FAI, Barcelona.

FELIPE, León (1937): «Don Quijote toma las armas», *El Sol*, Madrid, 8 de febrero de 1937.

FELIPE, León (1937): «Conferencia», *Hora de España*, 6, pp. 11-22.

FELIPE, León (1938): «Poema trágico español», *Mujeres Libres* [Barcelona], n.º 13.

FELIPE, León (1938): «Oferta», *Mujeres Libres* [Barcelona], n.º 12, 1938.

FELIPE, León (1945): «El hombre es lo que importa», *Tiempos Nuevos. Revista del movimiento libertario español* [Toulousse], n.º 1.

FELIPE, León (2004): *Poesías completas*, Visor Libros, Madrid.

FERNÁNDEZ, Miguel: *Jacinto Toryho, biografía ideológica de un periodista libertario*, Inédito.

FERNÁNDEZ LORENZO, Patricia (2018): *Archer M. Huntington. El fundador de la Hispanic Society of America en España*, Marcial Pons, Madrid.

FERNÁNDEZ PELÁEZ, Eva; COCA DURÁN, Carlos (2022): *León Felipe, Jacinto Toryho y su relación con el mundo judío*, conferencia organizada por Zamora Sefardí, 16 de agosto de 2022.

FERNÁNDEZ SORIA, Juan Manuel (1996): *Cultura y libertad. La educación en las Juventudes Libertarias (1936-1939)*, Universitat de València, Valencia.

FRAU, Juan (2002): La Teoría Literaria de León Felipe, Universidad de Sevilla, Sevilla.

GAMBOA, Berta (1937): «Un homenaje a México», *Mujeres Libres* [Barcelona], n.º 9.

GAMBOA, Berta (1937): «Prisioneros», *Mujeres Libres* [Barcelona], n.º 8.

GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (1986): *León Felipe*, Consejería de

Educación de la Junta de Castilla y León, Salamanca.

GRANADOS PALOMARES, Vicente (1988): «León Felipe en Guinea Ecuatorial», *Epos: Revista de Filología*, 4, pp. 411-418.

ISRAEL GARZÓN, Jacobo (2009): *El exilio republicano español y los judíos*, Hebraica, Madrid.

LUIS, Leopoldo de (1983): *Aproximaciones a la vida y la obra de León Felipe*, Instituto de España, Madrid.

MAÍZ, Jordi (2022): *La bestia autoritaria. Odios y violencias estatistas*, Blatdmoro, Mallorca.

MISTRAL, Silvia (1940): *Éxodo. Diario de una Refugiada Española*, Minerva, México.

NAVARRO NAVARRO, Francisco Javier (1997): *"El paraíso de la razón": La revista Estudios (1929-1937) y el mundo cultural anarquista*, Diputación de Valencia, Valencia.

NAVARRO NAVARRO, Francisco Javier (2002): *Ateneos y grupos ácratas. Vida y actividad cultural de las asociaciones anarquistas valencianas durante la Segunda República y la guerra civil*, Biblioteca Valenciana, Valencia.

NAVARRO NAVARRO, Francisco Javier (2004): *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País valenciano, 1931-1939*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia.

NERUDA, Pablo (2010): *Confieso que he vivido*, Austral, Madrid.

PUCHE GUTIÉRREZ, Mª Teresa (2009): *León Felipe sincrónico y*

anacrónico. Un estudio de literatura comparada, Universidad de Granada, Tesis doctoral, Granada.

RIQUER, Martin de (2003): *Para leer a Cervantes*, El Acantilado, Barcelona.

RIUS, Luis (2019): *León Felipe. Poeta de Barro (biografía)*, Instituto Cervantes, Madrid.

RUBIO FERNÁNDEZ, E. (1937): «León Felipe, el cantor del pueblo», *Mi Revista* [Barcelona], 15/04/1937.

SANTONJA, Gonzalo y EXPÓSITO, Francisco Javier (eds.) (2017): *León Felipe. Del éxodo y el viento. Los años de Cornell, primeras traducciones y cartas a Paul Rogers*, Cálamo, Palencia.

SOLA CASTAÑO, Emilio (2016): *Cervantes libertario*, FAL, Madrid.

TORYHO, Jacinto (1975): *No éramos tan malos. Memorias de la guerra civil española 1936-39*, G. del Toro, Madrid.

TORYHO, Jacinto (1978): *Del triunfo a la derrota. Las interioridades de la guerra civil en el campo republicano, revividas por un periodista*, Argos Vergara, Barcelona.

VALENTÍN, Manu (2019): *Voces caídas del cielo. Historia del exilio judío en Barcelona (1881-1954)*, Comanegra, Barcelona.

VICENTE, Laura (2020): *La revolución de las palabras. La revista mujeres libres*, Comares, Granada.

VIEIRA PARADIZZO, Felipe (2020): «La Insignia e o Anarquismo: a experiencia da guerra civil espanhola na poética de León Felipe», *Revista Crítica Histórica* [Maceió/Alagoas - Brasil], n.º 21 (2020), pp. 295-313.

ÍNDICE

Poetas en la gran manzana	009
Pablo Neruda y la convulsa España de los años treinta	019
Afilando las plumas contra la barbarie fascista	029
Don Quijote toma las armas	037
Un incansable viajero entre libros	053
Silvia Mistral y el amargo exilio compartido	071
Con la voz de la Revolución: Jacinto Toryho	081
La Insignia: poesía revolucionaria	095
La revolución cultural: radio, cine y prensa libertaria	107
Entre Quijotes y Prometeos	121
León Felipe, Berta Gamboa y la revista *Mujeres Libres*	133
Shalom Barcelona: otro pueblo sin Estado	151
Fuentes y bibliografía	169

BLATDMORO

«Toda autoridad es bien degradante.
Degrada a quien la ejerce y a aquellos sobre
quienes se ejerce»
Oscar Wilde

La vida del poeta León Felipe fue un constante deambular. En ese largo camino consiguió encontrarse con personajes situados en el extremo más potente de la periferia: anarquistas, judíos, artistas bohemios, exiliados, poetas errantes y revolucionarios de toda índole. Todos ellos dejaron su huella en el escritor, quien decidió recordarlos en sus versos a modo de eterno homenaje.

Este libro no pretende ser una biografía más de León Felipe. En él se van narrando varias historias que tienen como nexo común a uno de nuestros literatos más universales.

JORDI MAÍZ CHACÓN [Cabra, 1977]
Es profesor, historiador y editor. Ha centrado buena parte de sus trabajos en el estudio de las minorías históricas y en la violencia que se ha ejercido sobre ellas.

CARLOS COCA DURÁN [Zamora, 1984]
Es profesor de Lengua Castellana y Literatura. Ha publicado varios artículos y estudios sobre literatura, pedagogía e historia social.

9 788412 733518